

DESPUÉS DE *DE L'INTERPRETATION* LA “INVOLUNTARIA” CONTRIBUCIÓN DE RICOEUR AL PSICOANÁLISIS

Giuseppe Martini
Università “Cattolica” de Roma

Resumen

Después de *De la interpretación* Paul Ricoeur no ha afrontado más de manera sistemática la cuestión del psicoanálisis. Sin embargo, el psicoanálisis puede enriquecerse gracias a la contribución de las grandes obras que Ricoeur publica entre los años setenta y noventa así como de una serie de artículos “menores” llenos de indicaciones valiosas. En el presente trabajo el autor plantea una serie de puntos clave extremadamente actuales del debate psicoanalítico que representan, además, momentos neurálgicos de la obra ricoeuriana: el paradigma narrativo, la cuestión de la verdad y del relativismo, la cuestión del sí, la tensión entre la traducción y lo intraducible, el problema del lenguaje y, por último, el tema de la ética y de la responsabilidad. En suma, la reflexión ricoeuriana resulta fundamental para sostener una concepción hermenéutica del psicoanálisis que se caracterice por el método dialéctico y por la atención a la dimensión de lo irrepresentable.

Palabras clave: psicoanálisis, dialéctica, irrepresentable, lenguaje.

Abstract

Since his *Freud and Philosophy*, Paul Ricoeur has not dealt with the question of psychoanalysis in a systematic way. However, psychoanalysis could be stimulated by his great works from the seventies to the nineties, as well as a series of “minor” articles full of extremely useful indications. In this article the author looks at a serious of extremely up-to-date key points of the psychoanalytic debate that also represents some important points of Ricoeur’s works: the narrative paradigm, the question of truth and of relativism, the question of the self, the tension between translation and the untranslatable, the problem of language and, finally, the question of ethics and of responsibility. To sum up, Ricoeur’s reflections become important in order to support a hermeneutic conception of

Recibido: 15/06/07. Aceptado: 21/11/07.

psychoanalysis that may be characterized by the dialectic method and the attention given to the unrepresentable dimension.

Keywords: psychoanalysis, dialectic, the unrepresentable, language.

Como bien se sabe, a excepción de algún breve artículo y alguna entrevista (además de algunas páginas de *La mémoire, l'histoire, l'oubli*), Ricoeur sólo ha afrontado directamente el tema del psicoanálisis en una obra suya de hace ya más de cuarenta años, *De l'Interprétation. Essai sur Freud* (1965), una obra que quizás ha convertido a Ricoeur en el filósofo que los psicoanalistas han citado y han criticado más.

A pesar del tiempo transcurrido desde la publicación de ese ensayo, yo he insistido en su extraordinaria capacidad de anticipar desarrollos mucho más posteriores en nuestra disciplina. Me parece que tal capacidad consiste en haber entendido que en el psicoanálisis hay una dimensión profundamente hermenéutica, en señalar las insuficiencias de la metapsicología clásica, en poner las bases, desde un punto de vista filosófico, para la aparición del paradigma intersubjetivo, en transformar el significado del trabajo onírico conectándolo con la elaboración simbólica, en señalar la centralidad sea del lenguaje, sea de los procesos gracias a los cuales se produce el lenguaje y, sobre todo, en comprender la dimensión profundamente dialéctica del psicoanálisis, que sólo hoy ha merecido una atención significativa en la literatura de este sector¹.

Desde mi punto de vista, Ricoeur logra transformar lo que hoy él considera “la parte más débil del libro” (2003a), es decir, la contraposición entre el *arché* y el *telos*, en una concepción dialéctica del psicoanálisis, “una dialéctica entre dos funciones que pueden considerarse opuestas, pero que el símbolo coordina en una unidad concreta” (1965). Actualmente, los polos de esta dialéctica que se han señalado en el ámbito psicoanalítico son numerosos y se refieren: al consciente y al inconsciente, al sujeto creado y al sujeto descentrado (Ogden, 1994), al ritualismo y a la espontaneidad (Hoffman, 1998), al analista como persona real y al analista como objeto de las fantasías inconscientes (por ej., Feinsilver, 1998), a la función materna (de contención) y paterna (interpretativa) del analista (Akhtar, 2000), a la interacción y a la transferencia, a la construcción y a la reconstrucción, a la dimensión intrapsíquica y a la dimensión interpersonal, a la representación y a la dimensión irrepresentable (Martini, 2005).

¹ Véanse, por ej., las recientes contribuciones en la revista *Psychanalytic Quarterly*, LXIX, 2000.

Pero no deberíamos pensar que una visión dialéctica del análisis es de alguna manera “pacificadora”, como se puede percibir por las fuertes resistencias que esta visión todavía hoy suscita. También a propósito de esto, Ricoeur es muy elocuente sea por la radical ruptura de *De l'interprétation* (que conserva respecto a la teoría clásica), sea por su constante interés, incluso posteriormente, por el *conflicto* de las hermenéuticas.

Como decía, Paul Ricoeur, como él mismo ha declarado, después de *De l'interprétation* no ha vuelto a afrontar de forma sistemática la cuestión del psicoanálisis. Sin embargo, no me parece arriesgado afirmar que, precisamente en sus obras de los últimos veinte años, los psicoanalistas pueden encontrar estímulos de gran importancia que podrían tener una repercusión a nivel teórico y también a nivel clínico. Precisamente esto es lo que me gustaría mostrar.

Se trata de estímulos que no provienen de eventuales referencias directas al psicoanálisis, sino más bien de la estructura filosófica de su pensamiento. Por esto me permito considerarlos “involuntarios”, haciendo uso de un término presente en uno de sus primeros trabajos. Pero esto no debería sorprendernos: de hecho, una serie de cuestiones han influido en el psicoanálisis contemporáneo e incluso lo han atormentado. En tales cuestiones se reflejan, a menudo con sorprendentes analogías, problemáticas que se habían planteado también a nivel filosófico, o que en un primer momento se habían delineado dentro de este ámbito.

Sin duda cuando hablamos de modelo dialéctico del psicoanálisis, de narración, de psicoanálisis hermenéutico, o bien, de las cuestiones del estatuto del Sujeto o del Sí (Soi), del problema del psicoanálisis como traducción, de la cuestión del lenguaje, o incluso de la centralidad de lo irrepresentable, evocamos problemáticas análogas que le han interesado a buena parte de la filosofía de la segunda parte del siglo XX, pero que precisamente Ricoeur ha tratado de forma sistemática. Y, sin embargo, no pienso que soy una voz aislada que afirma que precisamente las problemáticas anteriormente citadas representan puntos centrales de la actual reflexión psicoanalítica.

Una primera cuestión se refiere a la aplicación del **paradigma narrativo** en ámbito psicoanalítico. En sentido psicodinámico, es posible concebir que la necesidad de contar se origina a partir de la necesidad de interponer un espacio entre emociones impetuosas y el Sí que debe vivirlas pero que también necesita pensarlas y ordenarlas para evitar la confusión. La creación de este espacio es, en el fondo, la finalidad de toda psicoterapia.

La suposición de que “contar” la propia historia representa una necesidad esencial del ser humano queda avalada, en el campo filosófico, con la hipótesis de Ricoeur (1990) de que la identidad narrativa puede construirse a lo largo de la narración.

La narración puede transformar el sentido de los acontecimientos y, por lo tanto, la identidad, aunque permanece vinculada tanto a la naturaleza, al elemento biológico, como a la historia, a los acontecimientos que han tenido lugar y que se han quedado inscritos de forma indeleble en esa historia. Pero lo que bien es cierto es que tales acontecimientos pueden volver a elaborarse y transformarse.

Sin embargo, no olvidemos que, en el caso de que no sucediera así, en el caso de que la narración ficticia no se desarrollara de forma dialéctica teniendo en cuenta la narración histórica, se podrían encontrar “trampas, abusos y caricaturas en la identidad narrativa” (2001b, p. 130).

En suma, la narración puede permitir que se encuentre un Sí auténtico, pero también puede facilitar el acceso a un “Sí falso”. El “Sí falso” puede encarnar, no sólo aspectos ficticios de carácter social, sino también aspectos ficticios de carácter psicológico, relacionados, por ejemplo, con el intento de atenuar las “contradicciones” del inconsciente para construir una narración coherente, compacta y pacificadora.

El riesgo que se corre consiste en confirmar el Sí y sus aspiraciones narcisistas y omnipotentes, lo cual podría contribuir al desarrollo de patologías que se basan en un sentido de dispersión de la identidad y en la construcción de una identidad ficticia e imitativa.

Estas advertencias nos llevan al nudo de la segunda problemática que se refiere a las **cuestiones de la verdad y del relativismo en el psicoanálisis**. De hecho, la adopción del paradigma narrativo y del paradigma hermenéutico de forma paralela, a menudo se ha concebido en nuestra disciplina como una autorización a descuidar el pasado histórico y a favorecer una narración de sí mismo que, sólo porque respondía a criterios de coherencia y de estética, podía quedar legitimada por no tender a una exigencia de verdad. Esta visión ha inducido a algunos autores a contraponer verdad histórica y verdad narrativa (Spence, 1982) favoreciendo la instauración de un pensamiento dicotómico.

Por lo tanto, me parece importante la posición equilibrada que siempre ha caracterizado a Ricoeur, que ha vuelto a proponer en *La mémoire, l'histoire, l'oubli*, cuyo tema consiste precisamente en “la representación del pasado desde el punto de vista de la verdad” (Ricoeur, 2003 b). El riesgo que Ricoeur entrevé, es asumir acríticamente en el ámbito de las disciplinas históricas un modelo estructuralista bipolar significante-signi-

ficado que elimina el referente (2000). Pues bien, “aunque los efectos en la narración de ficción pueden ser discutibles aunque no sean desastrosos (...) éstos pueden ser devastadores en el caso de la narración histórica, cuya diferencia respecto a la narración de ficción radica en la perspectiva referencial que la impregna” (*ibidem*).

Este punto de vista puede tener una aplicación también en el psicoanálisis que debería reconocer su “instinto referencial”. Claramente, a diferencia de la historia, no puede reducirse al descubrimiento del referente, debido a su finalidad “constructiva” (de construcción-transformación del Sí). Pero me parece importante subrayar la distancia del psicoanálisis respecto a la narración de ficción y al complacimento estético, y subrayar su *tormento por la comprensión* que se puede comparar con un “tormento por el conocimiento histórico” (Ricoeur, 2001b). Veremos más adelante que el problema no puede reducirse a esto, al descubrimiento, sino que ha de centrarse en la búsqueda de nuevos significados, en un interminable proceso de simbolización. Pero es igualmente cierto que el punto de inicio sólo puede basarse en lo que ha ocurrido², en la pesadez, en los límites de lo que ha ocurrido, a partir de los cuales, a pesar de todo, se despliega la posibilidad de lo que “podrá ser” gracias, por ejemplo, al proceso analítico.

Es precisamente la posibilidad de “poder ser” y, por lo tanto, la capacidad de transformación del análisis, lo que justifica el estatuto de terapia y lo que nos puede llevar a la superación de una perspectiva exclusivamente historiográfica o arqueológica (Freud, 1937) y lo que introduce de forma urgente, al menos desde mi punto de vista, **la cuestión del Sí**.

Y aquí aparece otra cuestión fundamental: ¿cómo la transformación de la relación con el analista puede llevar también a una transformación de la relación con uno mismo, de la propia historia y de la manera de ser?

Ricoeur se vale de la expresión “narrativizar el carácter”. Esto puede representar una especie de explicitación en términos filosóficos de la potencialidad transformativa de la narración terapéutica, que está en sintonía, por ejemplo, con la consideración de que “el carácter central de la acción terapéutica del psicoanálisis es la aparición de un nuevo tipo de vínculo, de relación emotiva, *a partir de las viejas formas de relación*” (Mitchell, 1996, el subrayado es mío).

² “Llamaré condición histórica esta modalidad existencial que se coloca en la esfera del pasado como algo ocurrido y al mismo tiempo como algo que ha dejado de existir” (Ricoeur, 2000).

Lo que Ricoeur describe es un proceso ontológico fundamental, en el que la narración misma consiente el desarrollo de una existencia de forma renovada y lleva a la instauración de una dialéctica entre *ipseité* y *mêmeté*, entre lo que permanece siempre igual y lo diferente, entre la disposición caracterial y la apertura al cambio. Sin embargo, esto lleva a una reflexión sobre la multiplicidad o la unidad del Sí.

Como sostiene Leary (1994), el *postmoderno* se caracteriza por la correlación entre multiplicidad de las versiones de la verdad y multiplicidad de los estados del Sí. En el campo psicoanalítico esto ha llevado a algunos autores a considerar que la unidad del Sí es una construcción narrativa.

Se llega así a la confrontación entre una perspectiva psicoanalítica postmoderna “que no se refiere a la integración de un Sí unitario, sino a la presentación de muchos Sí, a menudo en conflicto entre ellos” (Bordí, 1996), y una perspectiva fiel al “realismo irreducible” (*ibidem*) de Freud. Desde este segundo punto de vista se ha de notar que “el trabajo analítico nos muestra que esta multiplicidad del sí, que una organización estable del Sí no coordina, se fragmenta en una multitud de identidades que impide el sentido de sí mismo y de la manera de ser con los demás (*ibidem*). Leary (1994), por ejemplo, señala la dificultad de distinguir entre el sí múltiple y el Sí disociado. Valorizar el Sí múltiple en contraposición con el Sí unitario (aunque sea conflictivo) de la metapsicología clásica, puede llevar al equívoco de considerar que el Sí fragmentado del paciente narcisista o borderline es índice de una mayor libertad y creatividad. Entonces, ¿cómo se puede evitar esta nueva forma de relativismo clínico y diagnóstico que comporta la dificultad de no lograr distinguir dos configuraciones totalmente opuestas, es decir, la del Sí creativo y la del Sí fragmentado?

Incluso en tal caso me parece útil la referencia a Ricoeur. De hecho, asumir una concepción del Sí múltiple que se transforma a lo largo de la narración (la *ipseité*), pero que se ha de asentar en la continuidad del carácter (la *mêmeté*), nos permite una síntesis rigurosa de las diferentes posiciones implicadas y propone una técnica que intente llegar a un equilibrio entre la *historia*, concebida como continuación, y la *relación*, concebida como potencialidad de una transformación. Desde este punto de vista está claro que la categoría de la *mêmeté* no se configura exclusivamente como un estado que es siempre igual, que hace referencia a la compulsión a repetir, sino también como una garantía de una continuidad del Sí, que le permite al Sí múltiple, que se halla en devenir, mantenerse diferente respecto al Sí fragmentado.

Pero la cuestión del Sujeto en psicoanálisis plantea la cuestión de lo existente antes del Sujeto, así como, paralelamente, la cuestión de la representación que era central para Freud, ha llevado al problema de lo **irrepresentable**.

El psicoanálisis a menudo ha entendido lo irrepresentable en su relación con el instinto de muerte (a partir del “sentimiento oceánico” del que ya hablaba Ferenczi) y, por lo tanto, con la psicosis. Sin embargo, muchos autores (Bion, 1963; Aulagnier, 1991; Matte Blanco, 1975; Ferrari, 1992; Loch, 1986), recientemente, lo han considerado una dimensión universal del inconsciente relativamente descuidada por Freud. Por eso, se ha llegado a valorarlo poniéndolo en correlación con lo que todavía no es, el devenir y la creatividad (Berenstein, 1999; Bucci, 1997; Martini, 2005).

Resumiendo algunas importantes contribuciones del psicoanálisis contemporáneo provenientes de diferentes direcciones, he propuesto (Martini, 1998) que se imagine que los fenómenos inconscientes están colocados en dos niveles que interactúan entre ellos. En un primer nivel se encuentran fenómenos inconscientes de la esfera “protomental”: se trata de sensaciones indistintas, indefinidas, a veces dolorosas, que preceden la capacidad de pensar y representarse. Deseo precisar una vez más que a partir de este magma oceánico se originan no sólo la psicosis, sino también los procesos psíquicos normales, incluso los procesos de simbolización más elevados. La diferencia existente entre la fragmentación psicótica y la organización simbólica radica en la posibilidad de establecer una distanciamiento (desde el magma informe) y, sobre todo, una conexión entre estos niveles.

En un segundo nivel se encuentran los fenómenos inconscientes, que Freud describió con detalle, que incluyen *pensamientos y funciones mentales que pueden ser objeto de represión, negación, escisión, proyección y expulsión*. Estos acontecimientos mentales se sitúan en un nivel intermedio entre los primeros y los conscientes, que se atienen a las leyes del proceso secundario. Entonces, se podría pensar en un recorrido que se inicia en un nivel mental primitivo (el protomental), que se mueve hacia las emociones y los pensamientos inconscientes del segundo nivel, hasta llegar a los pensamientos preconcientes y conscientes, que son los únicos que pueden adquirir una forma narrativa.

Naturalmente, hay que insistir en que estos diferentes niveles de los procesos inconscientes no hay que concebirllos de forma concreta y separada: el inconsciente irrepresentable, el inconsciente representable y la representación consciente constituyen un flujo continuo.

Recordemos que Ricoeur ha tratado el tema de lo irrepresentable, sobre todo en sus contribuciones al tema de la **traducción** (2001a) y del

lenguaje. De hecho, el problema del sentido y de su traducibilidad se remite, de forma inmediata, a la dimensión de la falta de sentido y de la intraducibilidad. Por lo demás, ya la filosofía y la psicopatología de Jaspers (1959), tendentes a la comprensión, sufrían trastornos radicales como consecuencia de la aparición de lo incomprensible.

Veamos, pues, ¿qué implicaciones puede haber en el terreno del psicoanálisis? Por ejemplo, la traducción de un sueño en clave edípica puede llevar a entrar en contacto a nivel emotivo con un núcleo intraducible marcado con una angustia “sin nombre”, así como una angustia “sin nombre” puede aliviarse en el trabajo analítico cuando se configura como una angustia edípica. En suma, se trata de una traducción imperfecta y decididamente parcial, pero posible.

Como se expresa Ricoeur, hay que desear “fidelidad a la capacidad del lenguaje de mantener el secreto respecto a su tendencia a traicionarlo” (2001a). Entonces, el “imperativo ético” de comprender al otro debe detenerse ante el reconocimiento de un fondo irrepresentable que primero está relacionado con la existencia y luego con la psicopatología.

La caída del mito de la traducción perfecta, mito que indudablemente ha sido típico también del psicoanálisis, aunque sea intrínsecamente antipsicoanalítico, ha permitido considerar que la resistencia que un sujeto le opone a otro, incluso su oposición a la interpretación del otro, puede tener valencias positivas. Por lo tanto, se necesita distinguir la resistencia a la interpretación en sentido psicoanalítico, relacionada con el despliegue de los conocidos mecanismos de defensa, respecto a otra forma de resistencia que refleja el intento del Yo (del paciente) de no dejar que el Otro (el terapeuta) lo englobe.

Pero el núcleo de la reflexión ricoeuriana que me parece esencial es que la conexión dialéctica entre lo traducible y lo intraducible se resume en el aforismo: “*il y a un intraduisible devant la traduction et il y a un intraduisible produit et révéle par la traduction*”³ (2003a). Precisamente ésta es la esencia del proceso psicoanalítico como se concibe modernamente: interpretar no sólo con el objetivo de aclarar y de esa forma concluir, sino también de incrementar lo intraducible y potenciar la base irrepresentable del inconsciente.

Indudablemente el problema del **lenguaje** está estrechamente relacionado con el de lo irrepresentable, pero —recuerda Ricoeur— hay un nivel pre-representativo que, sin embargo, no es prelingüístico “porque incluso

³ “Por un lado, hay una dimensión intraducible antes de la traducción y, por otro, hay una dimensión intraducible que la traducción produce y revela al mismo tiempo”

el deseo humano en sus estructuras infantiles, arcaicas, pre-representativas es potencialmente lingüístico, ya que el deseo humano se diferencia fundamentalmente de la necesidad vital por el hecho de que éste es una demanda, *un adresse à l'autre, un appel*". En suma, "*on n'est jamais dans l'avant du langage avec l'homme*"⁴ (2003a). Por lo tanto, hay una etapa anterior a *la palabra* (denotativa) que no es prelingüística.

Es significativo que haya sido precisamente un psicoanalista que fue alumno de Heidegger, Hans Loewald (1980), el que ha propuesto una concepción análoga del lenguaje, criticando la contraposición verbal-no verbal a la que, en cambio, muchos otros aluden. Para el autor en cuestión, es necesario presuponer un "antiguo nexo entre la cosa y la palabra" (1980), una "primera unidad primordial" entre las dos, que se remita a una dimensión mágica y poética del lenguaje. Como consecuencia, de tal concepción puede deducirse la sugerencia de "usar el lenguaje no sólo para transmitir significados y aclarar situaciones, sino también para evocar estados de la mente, para generar y poner en contacto ámbitos de la experiencia" (Mitchell, 2000).

En fin, lo que el psicoanálisis muestra es que, aunque los procesos hermenéuticos se producen en el lenguaje, éstos normalmente se fundan en otra parte, y es precisamente a esta dimensión a la que ha de dirigirse la comprensión. Tal dimensión comprende, por un lado, sentimientos y emociones y, por otro, lo irrepresentable.

Por tal motivo, me parece apropiada la posición de Ricoeur cuando considera que "la hipótesis fundamental del psicoanálisis, desde mi punto de vista, es que el fondo afectivo, emocional del hombre, aunque pueda estar muy escondido (...) mantiene una relación con el lenguaje. (...) la cura psicoanalítica consiste, precisamente, en llevar al lenguaje lo que ha quedado excluido" (1988).

Una vez realizadas estas consideraciones, podemos plantear la cuestión de qué lenguaje estamos hablando cuando nos referimos al ámbito del psicoanálisis.

Escuchemos de nuevo a Ricoeur: "entre un lenguaje demasiado simple, que explica todo, y uno que sobreentiende, se encuentran todos los niveles lingüísticos, en los que lo explícito crea un nuevo implícito. Pero este nuevo implícito tiene que ser explicitado y localizado: se trata de un proceso hermenéutico que no termina nunca" (1986b). Según el filósofo francés, la función narrativa a veces puede consistir "en aumentar la opacidad, es

⁴ "No estamos nunca antes del lenguaje con el hombre"

decir, en remitir al misterio, *pero una vez más por medio del lenguaje*" (1986b, *subrayado mío*). Pienso que está claro que tal definición de la función narrativa también comprende, o quizás se refiera sobre todo al lenguaje fragmentario de la poesía.

Entonces se necesita reflexionar sobre el uso del lenguaje en psicoanálisis, y verlo articulado en una pareja (dialéctica) entre palabra narrativa y palabra poética y no reducido de forma restringida a la primera (con referencia al modelo de la "narración fuerte", coherente y cerrada en sí misma).

Sólo con estas puntualizaciones es posible volver a afirmar plenamente la centralidad del lenguaje en psicoterapia y dejar de pensar que se opone a la esfera de lo no verbal (la relación, la empatía, la contención (*holding*), etc.) de la que se ha ocupado mucho el psicoanálisis de los últimos cincuenta años. "En la palabra el proceso primario y el proceso secundario se reconcilian", escribe Loewald (1980), y prosigue citando a Paul Valéry: "(las palabras) nos obligan más a ser que a entender", y concluye: "¿Quizás debería atreverme a decir que en el momento propicio esto es precisamente lo que sucede durante la sesión psicoanalítica?" (*ibidem*).

Entonces, ¿qué lenguajes y cuántos lenguajes existen en psicoterapia? Seguramente se puede compartir la opinión de Ogden (1997) que considera que el analista no sólo debe usar el lenguaje de forma clara y esclarecedora, sino que también, cuando sea necesario, tendrá que añadirle "una cierta vaguedad evocativa, que a veces enloquece (*maddening*), casi siempre trastorna".

Seguramente esto nos lleva a considerar totalmente aproximada y reductiva una definición de la psicoterapia como terapia por medio de la palabra. Más bien podríamos considerarla una terapia que el lenguaje atraviesa y, del mismo modo, podríamos considerar que el lenguaje atraviesa a la pareja paciente-terapeuta. Pero no hay que buscar los factores terapéuticos en el lenguaje, sino más bien, en el punto de contacto entre lo lingüístico y lo extralingüístico. En suma, la palabra no cura por sí misma sino en cuanto evocadora de una dimensión emotiva, en cuanto capaz de abrir un camino hacia el pensamiento, el símbolo y la emoción. Es esto lo que hace necesario el establecimiento de lo que podríamos llamar un doble registro lingüístico dentro de la relación terapéutica, que pueda explicar y favorecer el desarrollo de las complejas relaciones entre pensamiento, lenguaje y mundo emocional. La palabra narrante, que se refiere más a la reconstrucción, permite, aun a costa de un inevitable reduccionismo, coordinar con mayor claridad y coherencia el sentido de

una representación del Sí o del objeto que un proceso de represión o disociación ha separado. Es una palabra que puede valerse del soporte de las grandes metapsicologías psicoanalíticas o que simplemente (quizás con mayor provecho en el caso de la psicosis) puede limitarse a reunir los fragmentos de una existencia, distanciando al paciente de una dimensión de irrepresentabilidad en la que predominan las connotaciones angustiosas y la falta de una estructura mental. En cambio, el lenguaje poético, que se caracteriza por su evasividad intrínseca y por su capacidad evocativa, no sólo debería favorecer la posibilidad de entrar en contacto con el inconsciente representable (como en el caso de la palabra narrante) sino también con el inconsciente irrepresentable, sobre todo si se connota con un sentido creativo. Al mismo tiempo el lenguaje poético es testigo de la necesidad de la distancia, de la imposibilidad de comprender totalmente el sentido: de hecho, la razón de ser del lenguaje poético radica precisamente en la intraducibilidad lingüística de los sentimientos, de las emociones, de las sensaciones primordiales.

En suma, el núcleo de la función analítica que, sin lugar a dudas, la lleva hacia el horizonte hermenéutico, se encuentra en ese *pero una vez más por medio del lenguaje*, a partir del cual se origina nuestra reflexión última. Una interpretación exhaustiva se sitúa en el campo de la *señal*, mientras que una interpretación incomprensible genera confusión. El desafío consiste en lograr referirse a una dimensión polisémica y quizás misteriosa, pero que pasa a través del filtro del pensamiento lógico y del lenguaje (preferiblemente con simplicidad y claridad expositiva). En sentido propio realizamos una función simbólica cuando volvemos a poner al paciente en contacto con el magma del propio mundo emocional y, al mismo tiempo, dado que lo hacemos por medio del lenguaje, le ayudamos a que establezca una distanciaci3n. Desde este punto de vista, la constataci3n, a la que tanto se alude en la literatura psicoanalítica contemporánea, de que tiene más valor el modo con el que se formula una interpretaci3n que su contenido, adquiere una mayor importancia: no sólo porque el calor y la tonalidad afectiva de la interpretaci3n son esenciales a la hora de establecer una conexi3n con la vivencia emotiva, sino también porque es con la modalidad formal (es decir, lingüística) de la interpretaci3n como se realiza la posibilidad de lograr aclarar y “remitir al misterio” al mismo tiempo.

Pero esta contribuci3n no puede concluir sin una alusi3n a la cuesti3n de la **responsabilidad**. A este propósito, es de notar que el tema no se refiere sólo al psicoanálisis sino también a todas las demás formas de psicoterapia y, por último, a la psiquiatría. Podríamos empezar con una

observación de nuestro autor que se remonta a 1986, después recogida en obras posteriores, sobre la “doble” labor del trabajo hermenéutico: “reconstruir la dinámica interna del texto, devolver la capacidad de la obra de proyectarse fuera en la representación de un mundo en el que se podría vivir” (1986a).

Una perspectiva hermenéutica en psiquiatría y en psicoanálisis, inspirada en la obra de Ricoeur, podría tener las siguientes implicaciones: a) buscar el significado respetando el texto y las intenciones de su autor (el paciente); b) otorgar, una vez adquirido tal significado, una ulterior significatividad, con la perspectiva de una apertura hacia nuevos horizontes y c) lograr convertir tal texto en la representación de un mundo en el que nuestros pacientes “puedan vivir”.

Este aspecto es el más ético, el que en psiquiatría y en psicoanálisis se identifica con el momento de la cura. Ignorar una sola de estas tres instancias, que llamaré respectivamente *tendencia a la verdad*, *constructiva* y *ética*, puede tener una repercusión en las restantes trastornando totalmente la función de cada una que es específica pero que tiene lugar sólo en el espacio de conexión con las otras dos (Martini, 1998).

A diferencia de la hermenéutica textual, que tiende a construir un mundo en el que “se podría vivir”, el acento de la relación terapéutica se centra en el Otro, y en su derecho a que se coloque en una posición intramundana (vivir en un mundo) dado que no es capaz de hacerlo solo. La tarea del terapeuta, sugiere Ricoeur, consiste en conducir al paciente desde los oscuros territorios en los que “sufre sin poder ser el locutor, hacia una región en la que se reconoce un sufrimiento que adquiere sentido” (2003a). Por lo demás, construir un mundo vivible, ignorando el “texto” inicial (que en nuestro caso es un “texto” vivo), podría inadvertida e inexorablemente hacer que cayéramos en la ideología: es decir, podría favorecer que la terapia se convirtiera en una imposición al paciente de nuestra visión del mundo.

Por lo tanto, como he intentado mostrar, Ricoeur puede llevar al psicoanálisis a reflexionar sobre sí mismo, de manera integral, sobre sus aspectos teóricos, éticos y, aunque sea indirectamente, incluso clínicos. Además, no se debería olvidar que la fuerza dialéctica de su pensamiento consiste en mostrar el riesgo de una actitud axiomática que ignora el sentido del límite y de la paradoja de la condición humana que, en cambio, caracteriza su obra de modo continuo (así como nuestras terapias).

En conclusión, quizás valdría la pena hacer hincapié en la importancia de una (doble) característica del pensamiento ricoeuriano que considero que representa una necesidad ineludible no sólo para el psicoanálisis sino

más bien para la filosofía contemporánea; se trata de una característica que surge a partir de la conciencia de los límites del pensamiento humano y que me parece que radica en la coexistencia de rigor y de incertidumbre. O mejor dicho, consiste en lo que podría llamarse “el rigor de la incertidumbre”.

Bibliografía

- Akhtar S.(2000): *From Schisms Through Synthesis to Informed Oscillation: an Attempt at Integrating Some Diverse Aspects of psychoanalytic Technique*. Psychoanalytic Quarterly, LXIX, 265-288
- Aulagnier P.(1991): *La violence de l'interprétation*. Presses Universitaires de France, Paris
- Berenstein I. (1999): *Lo representable, lo irrepresentable y lo presentable*. Rev. de Psicoanálisis, vol.6, 23-44
- Bion W.(1963):*Elements of Psychoanalysis*. Heinemann, London
- Bordi S. (1996): *I seminari milanesi di Sergio Bordi*. Centro Milanese di Psicoanalisi, Milano
- Bucci W. (1997): *Psychoanalysis and Cognitive Science*, The Guilford Press, New York
- Feinsilver D.B. (1998): *The Therapist as a Person Facing Death: the Hardest of External Realities and Therapeutic Action*, International Journal of Psychoanalysis, 79, 6, 1131-1150
- Ferrari A. (1992): *L'eclissi del corpo*. Borla, Roma, 1992
- Freud S. (1937): *Konstruktionen in der Analyse*. In: *Opere*, vol.11, Bollati Boringhieri, Torino, 1979 (tr. it.)
- Jaspers K. (1959): *Allgemeine Psychopathologie*. Springer-Verlag, Berlin
- Hoffman I.Z. (1998): *Ritual and Spontaneity in the Psychoanalytic Process*. The Analytic Press, Hillsdale – London.
- Leary K.(1994): *Psychoanalytic “Problems” and Postmodern “Solutions”*. Psychoanal. Q., vol.63, 433-465
- Loch W. (1986): *Perspektiven der Psychoanalyse*. Hirzel Verlag, Stuttgart
- Loewald H. (1980): *Papers on Psychoanalysis*. Yale University
- Martini G. (1998): *Ermeneutica e Narrazione. Un percorso tra Psichiatria e Psicoanalisi*. Bollati Boringhieri, Torino, 1998.
- Martini G. (2005): *La sfida dell'Irrappresentabile. La prospettiva ermeneutica nella psicoanalisi clinica*. Angeli, Milano.
- Matte Blanco I. (1975): *The Unconscious as Infinite Sets. An Essay in Bi-Logic*. Duckworth & C. Ltd, London.

- Mitchell S. (1996), *Quando l'interpretazione fallisce: un nuovo sguardo all'azione terapeutica della psicoanalisi*. Ponencia no publicada, abril de 1996, Firenze.
- Mitchell S. (2000): *Relationality: from Attachment to Intersubjectivity*. The Analytic Press, Hillsdale
- Ogden T. (1994): *Subjects of Analysis*. Jason Aronson Inc.
- Ogden T. (1997): *Some Thoughts on the Use of Language in Psychoanalysis*. *Psychoanalytic Dialogues*, 7, 1, 1
- Ricoeur P. (1965): *De l'interprétation. Essai sur Freud*. Editions du Seuil, Paris
- Ricoeur P. (1986a): *Du texte à l'action*. Editions du Seuil, Paris
- Ricoeur P. (1986b): *Racconto, metafora, simbolo*. *Metaxù*, vol.2, 82-90
- Ricoeur P. (1988): *La componente narrativa della psicoanalisi*. *Metaxù*, vol.5, 7-19
- Ricoeur P. (1990): *Soi-même comme un autre*. Editions du Seuil, Paris
- Ricoeur P. (2000): *La mémoire, l'histoire, l'oubli*. Editions du Seuil, Paris
- Ricoeur P. (2001a): *La traduzione. Una sfida etica*. Morcelliana, Brescia
- Ricoeur P. (2001b): *Il mio cammino filosofico*. In Jervolino D. (a cura di): *Introduzione a Ricoeur*, Morcelliana, Brescia, 2003
- Ricoeur P. (2003a): *Conversazione con Paul Ricoeur*. Entrevista realizada por Giuseppe Martini, Chatenay Malabry, febrero 2003
- Ricoeur P. (2003b): *La memoria dopo la storia*. Ponencia no publicada, junio de 2003, Roma
- Spence D.P. (1982): *Narrative Truth and Historical Truth*. W.W. Norton & C., New York